

**Reseña**

**La revolución en el bicentenario. Reflexiones sobre la emancipación, clases y grupos subalternos**

**Beatriz Rajland y María Celia Cotarelo (coordinadoras)**

**(2009), CLACSO, Buenos Aires, 412 p.**

**Ana Natalucci\***

“La revolución en el Bicentenario” coordinado por Beatriz Rajland y María Celia Cotarelo sintetiza el trabajo colectivo de investigadores de América Latina realizado desde 2007 en el marco del Grupo de Trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) “El bicentenario Latinoamericano: dos siglos de revoluciones a la luz del presente”.

La propuesta de este GT, y por consecuencia de este libro, tenía dos propósitos. El primero, la elaboración de nuevas perspectivas “a y sobre los dos últimos años” de historia latinoamericana. Ese juego de preposiciones deja entrever el intento de los autores por intervenir en el presente, recuperando la lectura sobre el pasado de la región.

El segundo propósito se orientó a que la reconsideración sobre los procesos revolucionarios que tuvieron lugar en estos dos siglos no se hiciera desde cualquier perspectiva, sino desde una que recuperara la mirada y la práctica de las clases y sujetos subalternos. Asimismo, el esfuerzo analítico y teórico de elaborar una nueva perspectiva encontró como condición de posibilidad la composición interdisciplinar e inter-nacional de los investigadores comprometidos; así los autores escribieron sobre la base de preguntas compartidas que organizaron la presentación de los capítulos sobre los procesos sucedidos en Argentina, Paraguay, Bolivia, Centroamérica, México, Cuba. En este sentido, hay algunas ausencias que ayudarían a completar un mapa que contuviera la diversidad constitutiva de la región, como los casos de Ecuador, Venezuela y Brasil. Pese a esta observación, el libro intenta sostener un equilibrio entre el estudio de los casos nacionales y una perspectiva comparativa. Una interesante entrada la constituyeron los capítulos que a partir de una temática convocante

\* Dra. en Ciencias Sociales. Becaria Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Investigadora del Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva (GEPSAC), radicado en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires.

recorrieron la situación de varios países, corriendo el eje del caso particular para reflexionar sobre la historia latinoamericana, de ese ser revolución en la región.

Esas preguntas compartidas podrían agruparse en tres núcleos. Por un lado, qué determinaciones aparejó la herencia del período poscolonial para la inscripción de la región en el capitalismo mundial. Por otro lado, indagaron por las características que asumieron los movimientos populares, las novedades que introdujeron en las dinámicas políticas nacionales y sobre el balance de estas experiencias. Por último, hay una pregunta que atraviesa las anteriores y que en algún sentido constituye un aporte de esta empresa colectiva. Se trata de "si existe una forma propia de revolución latinoamericana", es decir si es posible dilucidar una especificidad de estos procesos.

Los procesos que el libro pretende aprehender no podían reducirse a una fecha, por ello los autores decidieron establecer tres tiempos que permitieran captar la complejidad de esos dos siglos de historia latinoamericana como también la densidad de cada uno de ellos. Primero, la "primera independencia", es decir las luchas contra la dominación española que implicaron procesos de larga duración y asincronía respecto de un país a otro. Segundo, "El primer centenario", caracterizado por una euforia económica y la extensión del nacionalismo, que si bien se apoyaba sobre la opresión a las masas, o el miedo que estas les despertaban a los sectores dominantes, se generaron como corolario procesos de extensión ciudadana, de democratización y de progresiva incorporación de sectores hasta entonces excluidos de las dinámicas económica y política.

Por último, "las revoluciones nacionales", entendiendo por tales los procesos emancipatorios acontecidos en la segunda mitad del siglo XX. Se incluyen el surgimiento de los movimientos populistas, las luchas contra la dependencia –sobre todo en la disputa con Estados Unidos–, contra el neoliberalismo. Este último momento es tal vez el de mayor inconsistencia respecto de sus límites y alcances dada la diversidad de procesos acontecidos y en curso, y por los actores comprometidos. No todos los proyectos de ofensiva popular han tenido el mismo estatuto. Mientras algunos se propusieron cambiar las estructuras económicas, otros

esperaban una transformación radical de la sociedad. A su vez, las respuestas de los sectores dominantes tuvieron un ritmo diferencial según cada coyuntura nacional: dictaduras genocidas, procesos de “transición democrática”, políticas de reformas estructurales estatales.

No obstante la pretensión de los autores, la mayoría de los capítulos se concentró en la primera temporalidad, dejando de lado la segunda y tercera. Asimismo, la pregunta respecto de la actualidad, esto es del nuevo escenario ante los inminentes Bicentenarios, no tiene mayor resonancia en el desarrollo del libro. En otras palabras, en la propuesta de los autores por mirar la historia latinoamericana “a y sobre los dos últimos siglos”, el esfuerzo por captar los procesos del pasado inmediato no ha sido cubierto de un modo suficiente. No se explicitan los corolarios ni los impactos que aquellos puedan provocar, pero que tanto dicen sobre el futuro próximo. Tal vez este sea el otro gran ausente, junto con el análisis de algunos países.

¿Qué revolución? Sin dudas la idea de la revolución atraviesa el contenido del libro. Ahora bien, ¿qué se entiende por dicha noción? En principio, hay acuerdos entre los autores, incluso en los capítulos que no abordan directamente la discusión. Los dos primeros han dedicado su exposición a retomar los debates en torno a la revolución.

En el primero Omar Acha propone analizar las “revoluciones” en el marco de “procesos revolucionarios”, de *longue durée*, donde debe considerarse la multiplicidad causal que incide sobre ellos. En términos generales, el autor retoma una definición clásica de revolución:

...todo cambio o intento de cambio brusco y profundo en la ubicación del poder político que implique el uso o la amenaza de la violencia y que, si tiene éxito, se traduce en la transformación manifiesta, y tal vez radical, del proceso de gobierno, de los fundamentos aceptados de la soberanía o la legitimidad y de la concepción del orden político y/o social. (Kamencka en Acha, 2009: 19).

Por un lado, Acha advierte acerca de la tentación de igualar esa noción a la de “revolución latinoamericana”. Por otro, la concepción de proceso de *longue durée* se aleja de la de “revoluciones fechables”. Esta última implicaría que la revolución como acontecimiento ocurra como hecho

histórico y que además produzca transformaciones. Acha sostiene que atender a la idea de proceso permitiría que aún cuando la revolución quede inconclusa o no logre sus cometidos de todas maneras podría conservar dicha denominación:

Lo interesante del enfoque de Kamenka consiste en que contempla la factibilidad de que una revolución sea derrotada, que no se cumpla totalmente una transformación radical, pero que conserve su condición de revolución (desde luego, inconclusa, derrotada, etc.) (Acha, 2009: 19).

En este marco, Acha establece dos temporalidades de procesos revolucionarios. El primero se ubica entre los siglos XVIII y XIX donde primó "la condición colonial e imperialista". El segundo se extiende desde fines del siglo XIX hasta la actualidad, "condicionado por la tendencia imperialista de la dominación del capitalismo" (2009: 20). Asimismo, Acha sostiene la necesidad de dividir esos períodos en cortes temporales más acotados.

Ciertamente, la propuesta teórica permite captar la complejidad de dichos procesos. Es decir, más allá de lo que efectivamente pueda transformarse post "acontecimiento" es necesario indagar sobre las condiciones, los sujetos comprometidos y las causas reivindicadas que hacen posible un proceso revolucionario. En definitiva, en un análisis sobre la revolución latinoamericana se trata de captar su densidad. En este sentido es posible que sea necesario contar con largos plazos que permitan identificar procesos de largo aliento. Sin embargo, a la luz de cómo el autor planteó estas temporalidades es menester preguntarse en qué medida esos recortes tienden a desdibujar las particularidades de los acontecimientos o de los ciclos políticos que pueden incidir indirectamente sobre un proceso revolucionario, que pueden acelerar su curso o detenerlo. Incluso si se establecieran subperíodos, ¿no limita el análisis caracterizar a los procesos ocurridos en la región como lucha anticolonial o contra la dominación capitalista? Aún más, ¿en qué medida esa organización temporal permite captar los elementos novedosos de las actuales coyunturas latinoamericanas, pero que al mismo tiempo por contraste permiten dilucidar lo recurrente, lo propio de América Latina?

El segundo capítulo también se propone la comprensión de la idea de revolución, central en el libro. En este caso, su autor, Juan Carlos Gómez

Leyton, pretende recorrer el camino de la historia a la política. Este objetivo está fundamentado en su intención de construir una teoría revolucionaria que tome como base a la experiencia histórica. En otras palabras, Gómez Leyton sostiene que la

...teoría revolucionaria es abundante en contraste con las revoluciones efectivamente realizadas y concretadas en la historia reciente de la región. (2009: 41)

Este capítulo a diferencia del anterior retoma la experiencia reciente de la región como disparador de preguntas en torno a la temática convocante.

En este caso, la definición de revolución se asemeja al propósito general del libro de comprender estos procesos a la luz del protagonismo de los sectores subalternos:

...una revolución es un proceso histórico impulsado por sujetos sociales que, en un momento determinado y bajo ciertas condiciones políticas y sociales, deciden intervenir en la historia para asumir su dirección e instalar un proceso de cambios profundos y radicales de las estructuras así como en la vida de los sujetos que habitan una sociedad dada. Esa intervención histórica puede tener diversos objetivos, tales como construir una nueva sociedad, afianzar y consolidar cambios societales ya producidos y/o barrer con los obstáculos que no permiten el despliegue total de las nuevas estructuras sociales que se han desarrollado en la sociedad, etcétera. (Gómez Leyton, 2009: 43).

Es importante resaltar dos ideas. Por un lado, para “hacer una revolución” son necesarios diversos tiempos políticos. En este sentido, el autor insiste en la identificación de los procesos de larga data que hacen viable un proceso revolucionario, que finalmente permita el estallido. Para Gómez Leyton, la clave de la complejidad se ubica en esa temporalidad de largo aliento.

Por otro lado, la revolución implica una intervención de sujetos organizados en pos de construir una nueva sociedad o de transformar la estructura política.

Esta premisa le permite al autor sostener que es posible identificar dos tipos de revoluciones: las sociales y las políticas. Estas últimas tienen

un alcance limitado pues sólo trastocan la estructura política de una sociedad, sin alcanzar la económica. Mientras, la revolución social introduce cambios en la estructura socioeconómica, es decir se reorganiza la posesión de los medios de producción, las relaciones sociales y económicas y el estatus de los grupos intervinientes. La magnitud de estos cambios es tan significativa que para Gómez Leyton no es posible que las estructuras de la otrora sociedad se mantengan vigentes; por el contrario la violencia que se necesita para sostener la intervención de transformación debe ser de tal consistencia que muchos procesos revolucionarios pueden concluir en guerras civiles. A partir de estas características el autor sostiene que en los dos últimos siglos sólo han acontecido cuatro revoluciones de tipo social: la bolchevique (1917); la china (1949); la cubana (1959) y la de la Unión Soviética (1991).

Sin embargo, a lo largo de los procesos que posibilitaron los estallidos revolucionarios se generaron otras condiciones, que contribuyeron decididamente a la emergencia de revoluciones políticas. Experiencias tales como la lucha contra la dominación colonial en el siglo XIX, contra la dominación oligárquica a principios del siglo XX, el carácter anti-imperialista de la revolución cubana a mediados del siglo pasado y, por último, “la resistencia social y política a la denominada revolución capitalista neoliberal” (2009: 46). El autor sostiene que en esta última prima la tendencia de impulsar un cambio político en vías institucionales. De ahí su consideración que los procesos en curso en Bolivia, Ecuador o Venezuela se denominen como procesos revolucionarios políticos, y no sociales.

La pregunta que surge del planteo de los autores es si no hay un señalamiento continuista del proceso revolucionario, que impide establecer cortes temporales, que señalen puntos de inflexión o restauración que abran o cierren cursos de acción. ¿Cómo identificar lo novedoso si lo que encontramos son líneas históricas que se mantienen? ¿De qué modo podrían comprenderse los procesos en curso al ser comparados con otras experiencias revolucionarias? La compilación de capítulos de autores de variada procedencia disciplinar y geográfica es siempre un desafío. No es tarea sencilla poder encontrar puntos en común, de diálogo que retomen los ejes propuestos. Tal vez una deuda pendiente sea algo que los mismos

autores se propusieron: reflexionar sobre los procesos en curso en la región, esos mismos que constituyeron el móvil de este libro, que los llevaron a repensar 200 años de historia latinoamericana.

En coincidencia con los autores, ante voces que aún se escuchan gritando el fin de las ideologías, la inexorabilidad del capitalismo y dictando ultimátum a los pueblos, es urgente poner en discusión el tema de la revolución de modo que permita ampliar los horizontes de la acción, que restaure la potencialidad de la política en su faceta productiva. En este sentido, este libro constituye un valioso aporte para reflexionar sobre esos procesos abiertos entre fines del siglo XX y principios del siglo XXI. Sin embargo, insisto es necesario repensar esas nuevas experiencias no sólo en contraste con la línea diacrónica del tiempo, sopesando las dificultades respecto de otros procesos. Es menester una doble apuesta: recuperar esas líneas temporales de largo aliento, pero fundamentalmente realizar una lectura sincrónica que capte la densidad de los factores en juego, adoptando una postura comparativa entre las diversas experiencias contemporáneas que retome la historia reciente y oriente la mirada hacia las posibilidades de transformación, hacia esos márgenes que potencian la intervención social, que fortalecen la convicción de los pueblos a su auto determinación.